

**Metodología y
evaluación:
dos ramas de un mismo
árbol**

Metodología
y
Evaluación

**Carlos
Rodríguez-Hoyos
Elia Fernández-Díaz
Adelina Calvo
Salvador**

Viérnoles | 2018

**Metodología y
evaluación:
dos ramas de un mismo
árbol**

Carlos Rodríguez-Hoyos

(<http://orcid.org/0000-0002-6949-6804>)

Elia Fernández-Díaz

(<https://orcid.org/0000-0003-0647-260X>)

Adelina Calvo Salvador

(<http://orcid.org/0000-0002-9262-7905>)

Universidad de Cantabria



ISBN: 978-84-09-03367-6





Durante los meses de febrero a abril de 2018 en el CEP de Viérnoles (Torrelavega, Cantabria) se celebró un curso de formación del profesorado titulado *Metodología y Evaluación: dos ramas de un mismo árbol*. Durante las 30 horas del curso, docentes de todos los niveles educativos, asesores del CEP y profesorado de la Facultad de Educación de la Universidad de Cantabria, pudimos compartir experiencias, debatir ideas, re-pensar nuestro aula y re-conocer las razones por las que, parafraseando el libro de Sonia Nieto, merece la pena seguir con entusiasmo en la educación.

Al mismo tiempo y durante esta acción formativa, desarrollamos un proceso de documentación que ha dado forma a este cuaderno de viaje donde se relata el camino que recorrimos juntos. Porque, si como sostiene el enfoque biográfico-narrativo en investigación, vivimos vidas relatadas, ¿cómo promover el cambio desde esas narrativas?; ¿cómo lograr experiencias educativas relevantes que generen una narración que mueva al cambio?



*Identities in
construction*





La entrada en el aula nos anticipó algunos de los secretos que luego fueron desplegándose a medida que avanzó el curso. Nos encontramos en Viérnoles, rodeados de un entorno que nos invitaba a pensar en la búsqueda de las raíces y cuando accedimos a la sala para comenzar el proceso formativo nos sorprendió el hecho de encontrarnos con una disposición de la sala que no era la más habitual o tradicional. Y eso nos sorprendió, pero también nos asustó un poco porque siempre resulta más sencillo moverse en aquellos territorios que parecen dominarse, en los que todo parece familiar y, en cierto modo, manejable. La disposición del aula era, por así decirlo, una invitación al vacío o, mejor dicho, a la apertura, como si todo lo que íbamos a trabajar durante el curso estuviera aún por escribir, como si todas las decisiones pendieran de un hilo invisible. Al mismo tiempo, las sillas y esos montones de materiales ignotos representaban una invitación al encuentro entre profesionales, un encuentro que fue alimentándose y avivándose poco a poco, con diversas actividades pensadas para compartir significados sobre algunos de los dilemas e interrogantes más relevantes. Esos comienzos no fueron fáciles porque nos obligaban a derribar algunas barreras que nos separaban, a reconocer a aquella que teníamos a nuestro lado como una colega preocupada y ocupada en dar solución a algunas de las problemáticas que nos quitan el sueño a diario.

Tras ese mirarnos una y otra vez para intentar reconocernos, nos pusimos en marcha a través de una actividad que nos invitaba, precisamente, al intercambio. Para ello, dialogamos con diversos artefactos educativos (películas, canciones, etc.) que, para los profesionales de la universidad, eran especialmente significativos (porque los utilizaban en sus clases de la universidad, porque les sugerían ideas, porque les inspiraban...). La propia disposición de los materiales, que parecían tirados en el suelo y nos obligaban a estirarnos y modificar nuestra tradicional rigidez postural, sugería que, precisamente en este curso, era necesario acostumbrarse cuanto antes a mirar desde otra perspectiva. La decisión de colocarlos en el suelo no fue caprichosa, dado que pretendía ayudar a revisar esos dispositivos desde otra posición, tratando de comprender los motivos y significados atribuidos por cada participante. Mirar hacia el suelo, subir a la mesa... ¡Oh Capitán, mi Capitán! (*Good-bye, Robin Williams, we'll miss you*).



Una vez seleccionadas las fichas que recogían portadas de películas, poemas, frases con gran profundidad pedagógica... nos pusimos en movimiento, algo que luego se nos iba a antojar imprescindible para pensar sobre la metodología y la evaluación. Y fuimos moviéndonos por el aula para facilitar el encuentro con la otra, quizá un poco desconfiadas, dado que el título del curso parecía guardar poca relación con la actividad física. Un encuentro que primero se produjo de tú a tú, por así decirlo, para en un segundo momento, ampliar el foco y compartir los significados atribuidos a cada uno de los dispositivos con el resto de compañeras. Poco a poco esa barrera que nos separaba parecía que se iba diluyendo, como el azucarillo que nos ayuda a limar el profundo amargor del café que cada mañana nos permite acoger a nuestro alumnado con energía. Y ese púdico acercamiento inicial, nos permitió darnos cuenta de que no estábamos solas, permitió que pudiéramos tener un primer contacto con los intereses, las preocupaciones, los gustos, las ideas del resto de compañeras. Y quizá nos sentimos un poquito más acompañadas... ¡Qué alivio!

Tras encontrarnos, tras reconocer nuestras identidades, algo en lo que seguimos ahondando durante todo el proceso, nos pusimos a trabajar para tratar de explicitar y pensar, sacar de las zonas oscuras en las que poco a poco van quedando relegadas debido a la inmediatez de la práctica cotidiana, todas aquellas decisiones o ideas que considerábamos que podían ayudarnos a mejorar nuestra práctica docente. Algo que, aunque pudiera en principio parecernos que estaba desconectado de la metodología o la evaluación, resultó esencial, dado que permitió que afloraran (no sabemos si del consciente, del inconsciente, del yo o del superyo) algunas ideas más genéricas sobre la mejora de la educación con las que fuimos construyendo nuestro relato compartido a lo largo de las diversas sesiones de trabajo. Por así decirlo, abrimos los brazos, como cuando nos desperezamos por las mañanas, para intentar comprender cómo podíamos transformar aquello que hacemos, nuestra toma de decisiones sobre los procesos de desarrollo curricular para transformarlos.

Y para ello, nos servimos de algunos textos culturales no pensados específicamente para el mundo de la educación, con la firme convicción de que ese "salir fuera" nos permitiría alimentar y crear nuevas ideas. Trabajamos con las siempre sugerentes imágenes del fotógrafo Chema Madoz, que, emulando los trucos de magia de los burlones magos, juega a confundirnos y sorprendernos con los objetos, las luces y las sombras, significando y resignificando una y otra vez. Y empezamos, precisamente, separándonos de nuestras nuevas y titubeantes compañeras, pensando individualmente sobre las relaciones que podían establecerse entre las imágenes y la pregunta planteada para comenzar la reflexión: *cómo mejoramos nuestra práctica docente*. Una pregunta que, como el Coyote al Correcaminos, no dejó de perseguirnos durante todo el curso. Fueron momentos para elaborar un cierto relato individual, en el que separarnos del resto de compañeras para dialogar con nuestras ideas y preocupaciones, para respirar y tomar una distancia que, posteriormente vimos, era necesaria para oxigenar la mirada. Y fuimos sintiendo que esa barrera que parecía separarnos se hacía cada vez más estrecha, sus líneas parecían estrecharse buscando un punto de fuga en el infinito...

Esa actividad nos provocó, en cierta medida, incomodidad porque nos exigió, precisamente, mirar por una especie de rendija, profundizar en nuestras ideas previas, en nuestras propias convicciones pedagógicas con la intención de hacerlas explícitas para intentar recomponerlas a medida que el curso avanzaba. Esas fotografías que colocábamos de mil formas buscando sus significados, tuvieron una misión elicitadora, que se vio facilitada por su polisemia. Nos dimos cuenta de que aunque cualquier imagen puede tener diversos significados, las de Chema Madoz nos resultaron especialmente interesantes porque recolocan objetos de la vida cotidiana en contextos insospechados, provocando lecturas muy diversas y desafiando nuestra lógica, esa que se siente como en casa cuando todo está ordenado y controlado.

Tras mirar a la cara a nuestra soledad, analizar y cuestionar nuestras ideas iniciales sobre cómo puede mejorarse la práctica docente, nos organizamos en pequeños grupos para, en primer lugar, compartir los significados que individualmente atribuimos a cada una de las imágenes, algo que nos permitió comprender la diversidad de lecturas hechas por las compañeras. Y, en segundo lugar, realizar una escucha atenta sobre los relatos de las compañeras que nos exigió entender sus significados y quizá, confrontarlos y ponerlos

en diálogo con los nuestros. Un diálogo que, además, se vio enriquecido desde fuera por las aportaciones realizadas por las docentes encargadas de movilizar y diseñar la sesión de trabajo, que levantaron algunas sospechas por esa incesante forma de tomar notas sobre aquello que íbamos aportando. ¿Serían espías de la Stasi?

Una vez realizada esa puesta en común, nos pusimos manos a la obra para elaborar una cartografía con las principales preocupaciones compartidas por el grupo sobre la mejora de la práctica docente. Pasamos, por así decirlo, de elaborar un relato individual a uno colectivo. Y eso exigió desarrollar un trabajo compartido en el que intercalar momentos de reflexión colectiva para decidir cómo trasladar las ideas a una cartografía visual. También nos obligó a movernos de nuevo (qué manía con la actividad física), un movimiento que no fue solo físico sino también mental, que llevó a trastocar nuestras posiciones iniciales, exigiendo un intercambio permanente de roles y cambios de lugar que permitieron enriquecer y elaborar las cartografías. Y empezamos a comprender que el curso también era una invitación a explorar otros lenguajes, nuevos territorios y formas de decir y hacer en las aulas para comunicar aquello que, quizá, no puede ser expresado a través de los códigos del lenguaje verbal o escrito.

Poco a poco fuimos llenando

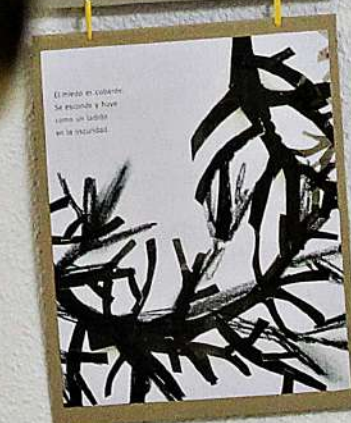
la sala de colores y formas el papel continuo y, a medida que fuimos terminando, preparamos el momento para compartir nuestras ideas con el resto de compañeras. Y para eso tuvimos que abrir espacios, despejar algunas zonas no solo físicas sino también intelectuales para recolocar las ideas contenidas en cada una de las cartografías. Además, nos dimos un tiempo para observar no solo nuestra cartografía, sino también para acercarnos a las del resto de los grupos, para extrañarnos y ver en qué medida contenían ideas comunes o diferentes a las recogidas en la nuestra. Y evocando algunas de las pinturas dalinianas, recordamos la importancia de cuidar los tiempos, que parecen licuarse y escaparse entre los dedos en los siempre atiborrados horarios escolares. Sentimos cómo se estrechaban poco a poco las barreras iniciales y empezamos a establecer tentativas relaciones que fueron asentándose en la colegialidad, en el reconocimiento del quehacer pedagógico de las compañeras, lejos de la idea de que hemos de ser una especie de superheroínas solitarias que pueden mejorar la práctica docente de forma aislada, reconociendo la importancia de ahondar en el establecimiento de vínculos que permitan adoptar decisiones conjuntas y tener en cuenta a todas las personas.



Nos acercamos para compartir un momento final, destinado a relatar esas narraciones colectivas al resto de grupos. Y esos relatos se colocaron, por así decirlo, en dos lugares de nuestras maltrechas almas pedagógicas. En un espacio más individual, en el que cada una de nosotras fuimos recogiendo las ideas e interrogando seguramente nuestras concepciones previas y en otro más colectivo, algo que permitió confrontar el relato de los grupos entre sí. Además, vimos cómo las cartografías permitieron también poner en común algunas reflexiones e ideas previas sobre la mejora de la práctica docente, establecer una conversación cultural con otros relatos diferentes al nuestro. Unos relatos que, por otro lado, conservamos como valiosas joyas, dado que iban a ser permanente objeto de revisión durante las diversas sesiones del proceso formativo en el que nos sumergimos. Nos despedimos exhaustas y un poco descolocadas porque esta primera sesión no parecía responder a nuestras ideas iniciales cuando nos matriculamos en el curso, cuyo título parecía prometernos la identificación de claras guías que seguir para ayudar a florecer las semillas que a diario pueblan nuestras aulas. Eso sí, nos fuimos con algunos deberes a casa: con el encargo de elaborar un relato sobre el impacto de la evaluación que hubiéramos vivido en primera persona (porque nos hubiera sucedido a nosotras, a nuestros hijos e hijas, a algún compañero o compañera...).

*"La luna
es la
parte
positiva,
el
horizonte...
el docente
tiene que
soñar "*

¿Soy un ?





Un poco desorientadas, aun, tras la primera sesión de trabajo, regresamos al aula para encontrarnos de nuevo. Como todavía estábamos empezando, dimos la bienvenida a las participantes que no pudieron acudir el primer día de trabajo y algunas compañeras se encargaron de contar a las personas que se acababan de incorporar al grupo cómo habíamos llevado a cabo esa primera acogida de identidades. Entre el asombro y la sorpresa, ampliamos de nuevo un círculo que, tras las idas y venidas experimentadas en las primeras sesiones de trabajo, fue convirtiéndose en una circunferencia más regular, más marcada y constante. El recuerdo de lo acontecido en la sesión anterior nos permitió refrescar las ideas que habían empezado a emerger y que, como consecuencia de la actividad cotidiana, se habían colocado juguetonamente en posiciones secundarias, ocultas tras las preocupaciones secundarias del día a día.



A continuación, dedicamos unos minutos a ver la charla TED de Sofía Camusi, una joven argentina que relataba el impacto que había tenido en ella el peso de la evaluación en su devenir por el sistema educativo. Con un sugerente título, *Yo no soy un 7*, en apenas 10 minutos describe cómo algunas clasificaciones y los resultados de sus primeros exámenes en el sistema educativo marcaron profundamente su trayectoria escolar. Y el contundente mensaje de esa joven nos permitió sacar a la luz todos aquellos dilemas que nos genera el desarrollo de una actividad tan compleja y comprometida desde una perspectiva ética.



Nos dimos cuenta de que, a pesar de la distancia que nos separa, el relato de Sofía no nos era ajeno: el peso que tenían las primeras calificaciones que se otorgan nada más entrar en el espacio escolar; el inherente carácter clasificador que se otorga a los sistemas de evaluación; el lastre que para la trayectoria escolar de algunas personas supone esa valoración... Aunque también hubo intensos debates (la sangre no llegó al río de la Plata) y pudimos rescatar otros argumentos: entendimos que el sistema está construido de este modo y nos vemos obligadas a calificar al alumnado, aunque a veces no queramos, o que, precisamente, vamos a vernos sometidos a procesos de evaluación durante toda nuestra existencia y, por lo tanto, enfrentarnos cuanto antes a ellos es una forma de encontrarnos cara a cara con ese monstruo, aunque a veces nos dé mucho miedo. Si bien se relataron diversas interpretaciones sobre lo que vimos, de forma bastante generalizada argumentamos que el propio sistema educativo no facilita, precisamente, la búsqueda de alternativas a las evaluaciones tal y como se viene desarrollando tradicionalmente y que, por tanto, si queremos hacer algo diferente no nos queda más remedio que "buscar el agujero".

"No hay nada más difícil que poner una nota a un niño de 6 años"

Y nos pusimos manos a la obra. En ese momento, comenzamos a trabajar en pequeños grupos para compartir con el resto de compañeras cuáles eran los relatos de evaluación que nos habían marcado especialmente, bien porque los hubiéramos vivido en primera persona (como maestras, madres, compañeras de trabajo, alumnas...), bien porque los conociéramos. Eso significó cambiar la lente, tomar distancia y tratar de mirar hacia nuestro entorno para ver cómo afectan las decisiones que se adoptan en los procesos evaluativos a todos los agentes que intervienen de un modo más o menos directo en el complejo arte de la evaluación.

En ese momento emergieron de las profundidades un mar de relatos sobre la evaluación que resonaban en las paredes del aula y provocaban sensaciones de incredulidad, rabia, frustración... pero también de sorpresa y admiración. Algo que, en cierta medida, nos reconfortó y nos permitió constatar que no todo está perdido, que ese agujero que parecía ser la solución a nuestros problemas ya había aparecido en lugares no demasiado alejados. ¿Por qué no iba a aparecer en nuestro contexto más inmediato? Seguramente la clave estaba en mostrarse atentas y, como Dorothy, seguir el camino de baldosas amarillas.

Aparecieron relatos de madres que sufren a través de las experiencias escolares de sus hijos las consecuencias de la evaluación; de profesionales que se cuestionan algunas prácticas que, a lo largo de su trayectoria laboral, han contemplado; de alumnas que han sufrido en primera persona la evidencia de que evaluar es complejo y una tarea ética... Un mar de relatos que permitieron crear una narración colectiva sobre la complejidad de la tarea que tenemos entre manos, contados a través de diversos dispositivos, en lenguajes diferentes: imágenes, poesías, monedas, textos escritos, leyes educativas en cuyo texto se habían intencionalmente realizado tachaduras...





Y a partir de ese momento fuimos tratando de abrir grietas, de pensar, mientras compartíamos nuestros relatos con el resto de compañeras, cómo podemos construir sistemas de evaluación con los que pudiéramos sentirnos más cómodas. Nos pusimos en movimiento para, aprovechando esa cadencia, resituar en el currículum un elemento que, como a diferencia de lo que alguien sugirió en una de las intervenciones de la sesión, “la evaluación no gane a la metodología tantas veces”. Fuimos constatando la necesidad de entender el currículum como un concepto complejo, dúctil, en el que cualquiera de las decisiones adoptadas en alguno de los elementos que lo conforman va a generar cambios en los demás. Y abrazamos simbólicamente nuestra redescubierta autonomía, esa que nos recuerda, un poco a lo Pepito Grillo, que a pesar de todas las barreras que sentimos para transformar nuestra práctica, siempre tenemos la capacidad y la responsabilidad de adoptar decisiones, para ayudar a las personas que pueblan las aulas a que recobren el placer por aprender cosas nuevas cada día, más allá de las recompensas traducidas en décimas. A través de esas narraciones pusimos sobre la mesa la necesidad de abrir puertas para que, más allá de los contenidos que tradicionalmente se abordan en las aulas, puedan entrar en ellas valores que van a ser necesarios para que el mundo cambie y se transforme.

De la red de relatos emergieron diversos interrogantes y pudimos constatar que, en muchas ocasiones, no estamos solas cuando nos sentimos totalmente atrapadas en el frío lenguaje

numérico que la administración nos impone a la hora de calificar. ¿Qué significa haber obtenido un 6, 7 o 8 en un examen? Aparecieron ecos que señalaron que precisamente, la tarea de los docentes no puede quedar reducida al diseño de herramientas que permitan calcular las milésimas de las calificaciones del alumnado, a elaborar cada vez más complejas tablas de Excel, ese demoníaco programa ofimático que parece la solución técnica más adecuada para problemáticas de naturaleza ética. ¿Será que las celdas de ese software nos atrapan en lugar de ayudarnos? Quisimos dilucidar qué se esconde realmente tras la obtención de una calificación, tras los números que colocamos en los boletines de notas. Y nos dimos cuenta de que todo en esos procesos resulta relevante, del impacto que tiene en las subjetividades de algunos de los niños y niñas que arrastran sus atestadas mochilas hasta las aulas cada mañana. A pesar de todo, en medio de ese malestar compartido, que siempre parece dulcificarse un poco al vivirse en compañía, de esos estándares que no acabamos de entender, de toda esa incomodidad, nos atrevimos a pensar si quizá también podemos tener una cierta cuota de responsabilidad en esa situación, dado que nos hace que el trabajo sea más cómodo...

Y seguimos preguntándonos por las técnicas, por los momentos, por las implicaciones éticas... sin llegar a entender cómo, por ejemplo, algunos boletines de notas tienen tantas anotaciones en color rojo, como si estuvieran teñidos de amplias manchas de sangre, que ya, de entrada, convierten ese color en maldito en el territorio escolar. Sentimos y manifestamos que necesitamos ayuda, que quizá solas no podamos hacerlo pero que con el apoyo de otras compañeras y compañeros podamos buscar alternativas, mejorar los sistemas de evaluación y nuestra toma de decisiones metodológica, retrotrayéndonos a aquellos mensajes que nos enviaban desde la pequeña pantalla algunos de los personajes de Barrio Sésamo.


En definitiva, ese tejido de relatos nos permitió rescatar algunas de las ideas que, por el paso del tiempo y de la necesidad de dar una respuesta práctica a la exigencia de valorar las diversas actividades que realizan los docentes en las aulas, parecían haber quedado en un extraño proceso de latencia: entendimos la evaluación desde una perspectiva poliédrica; pudimos manifestar nuestros puntos de vista sobre un elemento curricular que tiene un enorme peso en la trayectoria escolar y vital del alumnado con el que trabajamos; nos permitió compartir experiencias duras e incómodas y, también, gratas; nos ayudó a desplegar nuevos dilemas pedagógicos que fuimos enlazando con aquellos que ya se habían abierto en la primera jornada. Y todo ello, con la convicción de que, para poder transformar realmente los sistemas de evaluación y la metodología antes debemos, necesariamente, realizar un esfuerzo permanente de "ponerse en el punto de vista del otro". O quién sabe, quizá necesitemos volver a graduar nuestra vista porque los cristales de nuestras lentes parecen tan empañados que no nos permiten ver con claridad nuestra realidad más inmediata.



*"Entonces,
¿qué tipo de
7 eres?..."*

*Hilvanando
proyectos*





Después de las dos sesiones iniciales, volvimos a reunirnos para seguir pensando desde el lugar que ocupamos cómo podemos adoptar medidas que nos permitan introducir cambios en aquello que hacemos, en cómo evaluamos. Y seguimos realizando esta tarea nunca suficientemente valorada que supone poner nombres a las cosas, significarlas y resignificarlas una y otra vez... Porque, ¿es lo mismo trabajar por proyectos que trabajar desde la *perspectiva educativa de proyectos de trabajo*?

Nos dio la bienvenida, en medio de tanto desconcierto pero de tanto placer por abrazar la incertidumbre, un sociólogo inglés llamado Stephen Ball, que trata de comprender cómo aquello que sufrimos en las escuelas, esa especie de fe inusitada en el número como redentor de todas las cosas, que él denomina simbólicamente la era del número (usando un inglés propio de la BBC), no sólo está transformando cómo nos vemos como profesionales, sino también cómo nos vemos como sujetos en una sociedad inmersa en un extenuante proceso de rendición de cuentas y de acreditación. Y eso nos ayudó a entender... Y, por qué no decirlo, nos trastocó y nos hizo dudar... Quizá, sólo quizá, estemos empezando a encontrar aquel agujero que tanto echábamos de menos.

Como si fuéramos las protagonistas de una película de la mafia, de esas en las que no queda nadie vivo, nuestro pasado siempre vuelve. En algunas ocasiones, resulta muy difícil revisitar el pasado porque no quedan huellas de lo que fuimos, de lo que aconteció. Pero en el curso, tuvimos la posibilidad de volver sobre algunos de los interrogantes, sobre algunas de las pisadas que ya habíamos dejado en la cartografía inicial de la primera sesión, en la que a través de las fotos de Chema Madoz empezamos a preguntarnos cómo podemos mejorar nuestra propia práctica docente. Aunque muchas veces nos sentimos confusas para llegar a colocar “correctamente” las sugerentes imágenes construidas por ese mago que juega con la luz y con las formas. Volvimos a sumergirnos en aquel mar de relatos del que emergieron múltiples experiencias en las que nos sentimos afortunadas, incómodas, dubitativas... Y también de aquellos otros dispositivos (lecturas, vídeos, etc.) con los que habíamos trabajado y que nos seguían invitando a interrogarnos, a pensar y a pensarnos a nosotras mismas desde otros lugares, adoptando posturas dignas de la clase de yoga más radical que pueda imaginarse.

Desplegamos un inacabable y simbólico papel blanco en el que tratamos de definir, con todos esos dispositivos, interrogantes, certezas y anhelos. Nos dispusimos a anticipar cómo podíamos concretar alguna de esas ideas sobre las que habíamos reflexionado durante las sesiones anteriores, cómo buscar caminos que nos permitieran ir construyendo espacios pedagógicos que se parezcan más a aquellas concepciones compartidas sobre la educación, para que realmente “las ideas que tenemos podamos desarrollarlas en el aula”. Y pensamos, solas, por parejas, por tríos... en innumerables perversiones pedagógicas, con la certeza de que solo podemos transformarnos si somos capaces de imaginar rupturistas ideas con las que seguir narrándonos.



Ese encuentro posibilitó el establecimiento de relaciones pedagógicas puntuales que nos recordaron la necesidad de encontrarse con otras colegas para poder llevar a cabo cambios en los centros en los que trabajamos. Porque el camino que fuimos recorriendo en este curso quizá no nos trajo muchas certezas (aún), quizá nos generó más interrogantes de los esperados, pero nos permitió entender que seguramente, tal y como alguien sugirió, necesitamos “desaprender” algunas de nuestras rutinas y convicciones docentes, necesitamos repensar la gramática escolar de un modo no superficial.

Y nos enfrentamos a la tarea de mezcla, de mezclar colores, materiales, formas, dispositivos... Pero también las ideas que traíamos al llegar al curso con algunas que fueron emergiendo del encuentro con las compañeras. Y esa experiencia nos generó un cierto desasosiego, porque todo parecía estar entrelazado, porque daba la sensación de que no podíamos despegar la metodología de la evaluación, porque veíamos que educar es una tarea compleja en la que tenemos múltiples condicionantes como, por ejemplo, la presión que ejerce sobre la forma en la que trabajamos, el hecho de tener que enfrentarnos a las evaluaciones de diagnóstico, etc.

Pero esa incertidumbre no pudo con nosotras, porque nuestra valentía nos permitió reconocer que por eso estábamos allí y en otros cursos o espacios similares, porque necesitábamos mover nuestra realidad educativa, colocar aquello que tenemos delante de otras formas para encontrar otros significados, para ir cosiendo y desenredando al tiempo los nudos que vamos identificando: las dificultades de traducir a un lenguaje numérico la evaluación, la herramienta más adecuada (o quizá menos lesiva) para evaluar los contenidos escolares, el lugar desde el que emergen los hipotéticos proyectos de trabajo... Para, en definitiva, llegar a conectar nuestros deseos con nuestras prácticas, tal y como hacen nuestros alumnos cuando, durante la época estival, visitan algunas de las ferias y ven cómo todos sus sueños se cumplen al acercarse un algodón de azúcar a la boca.

Lentamente fuimos tirando de los hilos, colocándolos en diversas posiciones con el deseo de que esa casi infantil forma de jugar con ellos nos permitiera ir entrelazando ideas. Porque somos capaces de reconocer la falibilidad de nuestra profesión, de nuestro propio trabajo y si bien entendimos, como alguna voz sugirió, que “no existe el docente perfecto”, ya fuimos rematando algunos horizontes a los que, desde diversas posiciones, parecía que queríamos ir acercándonos. Trazamos algunas líneas que quizá no parecían muy rectas (a priori) pero que poco a poco, van a ir enderezándose. Nos colocamos de formas inverosímiles, en medio, al lado, lejos, cerca... casi como hacía el simpático Coco al desplazarse alocadamente con sus largos y frágiles brazos. Porque, más allá de facilitar la tarea de pintar o recortar, situarse en otro lugar posibilita transformar y jugar con las perspectivas... Porque reconocimos que, precisamente, los cambios sociales experimentados durante las últimas décadas nos exigían que, como docentes, tratáramos de modificar nuestras formas de trabajar. Hicimos evidente la delicadeza con la que nos acercamos a nuestra profesión y la rabia que nos generan los recortes económicos que experimentamos, los limitados recursos con los que muchas veces podemos contar en los centros y que, sin lugar a dudas, no facilitan los procesos de cambio y mejora.

A pesar de que los agujeros a través de los cuales íbamos a poder abrir nuevas experiencias de trabajo todavía parecían demasiado pequeños, no cejamos en nuestro empeño y fuimos capaces de identificar algunas ideas que pueden convertirse en un interesante horizonte pedagógico sobre el que construir (o, quizá mejor, reconstruir) nuestra propia práctica, las estrategias metodológicas que empleamos y los sistemas de evaluación que marcan el devenir de nuestros alumnos y alumnas. Entre esos agujeros, parece que identificamos la necesidad de llevar a cabo una gestión más democrática de aquello que sucede en el aula; facilitar o promover mecanismos que faciliten que el alumnado vaya siendo cada vez más autónomo; entender el aula como un lugar más rico, en el que puedan desarrollarse actividades que permitan y posibiliten la experimentación y la creatividad, en las que el alumnado pueda aprender *con* y *de* sus errores; dirigir los sistemas de evaluación hacia otros lugares, dando más protagonismo al alumnado a través de procesos de evaluación y promoviendo la co-evaluación entre pares... ¡Más perversiones, por favor!

Aunque reconocimos que también hay momentos en los que "estoy hecha un cisco", en los que parecía que todo estaba tan entremezclado que no conseguíamos desbrozar el horizonte de maleza, en los que

nos sentimos pequeñas frente a la compleja tarea que tenemos entre manos. Sentimos, asimismo, la necesidad de simplificar para poder avanzar en alguna dirección porque el permanente cambio de terminología y las modas pedagógicas parecen desbordarnos. ¿Será que, quizá, menos es más? Preguntas sobre preguntas que no parecen tener fin, que nos interrogan, que nos desafían, que nos incomodan, que nos hacen mejorar... Preguntas que surgen de nuestra rica experiencia, que colocamos encima de la mesa para tratar de reordenar algunos elementos curriculares, para ver en qué medida aquellos pequeños cambios que seguro ya estamos llevando a las aulas, funcionan o, por el contrario, tenemos que modificarlos tras analizarlos. Y todo ello, con dudas, pero también con el placer que nos genera disfrutar de aquello que nos emociona cada día.

En definitiva, fuimos compartiendo nuestras dudas y certezas, que se fueron convirtiendo poco a poco en vestigios de un curso que avanzaba (a veces con la sensación de que estábamos perdidas en un bosque lleno de una hermosa y confusa vegetación) y en el que esperábamos seguir convirtiéndonos en un fiel reflejo del tipo de profesional que ansiamos ser. Ser o no ser...

*"Esa
duda que
tienes y te
podría
haber
llevado a
un nivel
genial, se
pierde"*

Mirar, narrar..



Hay un verso de una canción de la rapera argentina Sara Hebe que dice lo siguiente: "No es normal, la tecnología me hizo mal". ¿Es posible, Sara, que la tecnología te haga mal? Comenzamos la sesión pensando, precisamente, sobre el impacto que tienen algunos dispositivos tecnológicos en la toma de decisiones sobre los dos elementos curriculares sobre los que estábamos pensando, la metodología y la evaluación. Discutimos y reflexionamos sobre ese tópico usando como excusa un vídeo promocional de un colegio que mostraba cómo manejan los *lpad* en educación infantil. Ese debate nos permitió identificar algunos discursos que actúan como regímenes de verdad sobre las siempre complejas relaciones que se establecen entre la tecnología y la educación: usar tecnologías equivale a innovar; el uso de dispositivos mejora la eficacia del aprendizaje, etc.

Más allá del uso de unos dispositivos u otros, empezamos a pensar cómo podemos emplear algunas herramientas tecnológicas que forman parte de nuestro día a día para transformar la metodología y la evaluación y, de paso, para dejar constancia y justificar aquello que hacemos cotidianamente en las aulas. Hablamos, a partir de ese momento, de las enormes potencialidades que tiene la documentación para mejorar nuestras estrategias metodológicas y los sistemas de evaluación. Y en ese proceso,

nos dimos cuenta de que documentar es, ante todo, construir (o reconstruir, quién sabe) nuestra mirada. Volver a mirar nuestro entorno cotidiano desde una perspectiva diferente, para ver cosas que, por el paso del tiempo, han terminado convirtiéndose en rutinas o que, simplemente, pasan inadvertidas. Una mirada inconformista, extrañada, que no dé nada por sentado, construida desde otros ángulos para iluminar las zonas oscuras de nuestra práctica, para sorprendernos una y otra vez... Casi como la tierna y desmemoriada Dory, que acompañaba a Marlin en la búsqueda del pequeño Nemo.

Nos dimos cuenta de que, además de recomponer nuestra mirada, necesitábamos otros recursos que nos permitan narrar, relatar con imágenes qué es lo que sucede en las aulas para formarnos, investigar, visibilizar lo que queda oculto o, simplemente, ilustrar. Entendimos que también necesitábamos un lenguaje que nos permita expresar exactamente aquello que queremos decir con las imágenes, encuadrar el campo correctamente para que no haya dudas... O que, precisamente, se generen todas las dudas e interrogantes posibles como única vía para gestionar realidades complejas, no replicables (¡altamente inflamables!). Buscamos nexos de unión entre los diversos agujeros que iban a permitir repensar nuestra práctica.

Tratamos de entrenar nuestra mirada, sistematizar dónde queremos colocar nuestra lente, qué enfoque, a quién dirigir nuestro relato o qué artefacto educativo va a surgir de todo ese proceso.

Eso nos exigió acotar y pensar sobre nuestras aulas, entendiendo que ese proceso de autoanálisis es esencial para elaborar mediadores que permitan relatar nuestra vida de aula, tal y como nos sugiere la perspectiva educativa de los

"El aula tiene que ser un lugar en el que sea posible hacer muchas cosas"

proyectos de trabajo. Definimos planos, encuadres, metáforas visuales, imágenes puramente figurativas... Un sinfín de elementos que nos permitieron compartir significados, hablar un lenguaje común a través del cual tratamos de mostrar al resto del grupo cómo es nuestra aula. Pensamos en los tiempos, en las relaciones entre los agentes educativos, en los espacios, en las estrategias metodológicas e imaginamos y proyectamos notas musicales, agua, movimiento, puertas que se abren y se cierran...



Dejamos volar nuestra imaginación para convertir en imágenes las ideas que fueron surgiendo, las reflexiones sobre aquello que hacemos y sobre lo que nos gustaría mejorar. Planificamos para tratar de realizar un ejercicio de disección que nos permita comprender qué es lo esencial. Abrimos los ojos y pestañeamos una y otra vez, haciendo consciente aquello que quizá damos por supuesto o que hacemos de forma automática. Comprendimos que, precisamente, el proceso de parpadear de vez en cuando es fundamental para alimentar nuestra mirada, para evitar que los ojos se resequen, impidiendo, de ese modo, mantener vivos nuestros globos oculares.

Colocamos nuestro cuerpo en diversas posiciones, tratando de encontrar la angulación que nos permitiera llevar a cabo la composición más adecuada sobre nuestra narración visual... Aunque eso no impidió que surgieran, de nuevo, las dudas que no nos han abandonado durante todo ese proceso. Unas dudas que, por mucho que rasquemos, parece que están empeñadas en no desaparecer, como si hubieran decidido, de forma autónoma, quedarse a vivir, acompañarnos en ese desafiante proceso de mejorar nuestra práctica, de convertirnos en mejores docentes cada día, de recomponer nuestra identidad profesional. Unas dudas que parecíamos somatizar y que se hacían presente a través de múltiples picores en nuestras cabezas...

Y una semana después, volvimos a encontrarnos, dispuestas a transformar las imágenes que construimos aisladamente en un relato visual. Llegó el momento en el que fue necesario hacer confluír la mirada y el lenguaje para transformar en ajeno aquello que nos es tan propio en nuestro quehacer diario, nuestra propia aula. Agarramos con determinación el ratón,

porque la experiencia nos dice que es un animal sumamente escurridizo...

En cierta medida, ese proceso nos hizo sentirnos un poco *voyeurs*, al tener que colarnos (y quizá escondernos un poco) en el aula de una de nuestras compañeras... aunque alguno de los grupos decidiera, libremente, reescribir las reglas de su propio relato. Nos permitió recordar la importancia que tiene el color en las escuelas, aunque también nos cuestionamos la necesidad de combinar el blanco y negro con el color... Y, recordando otros tiempos que nos retrotraen a la infancia y que nos acercan a nuestro alumnado, en los que quizá nos convertimos en coleccionistas de cromos, fuimos revisando cada una de las imágenes para descartar... si le... no le... si le... no le... si le...no le...

Y ese intercambio de cromos posibilitó seguir perfilando nuestra mirada, escuchar los relatos de otras prácticas docentes, intuir otras formas de gestión del aula, de las relaciones, de los espacios que, sin duda, nos resultaron inspiradores y nos ayudaron a repensar cómo podemos reordenar nuestra casa para dar cabida a nuevos e interesantes artefactos pedagógicos.

Aunque ese proceso nos resultó placentero, también tuvimos que dar respuesta a preguntas que, en cierto modo, se convirtieron en metáforas de algunos interrogantes sobre los que venimos trabajando y que, no nos abandonaron en ningún momento, vigilándonos desde la pared del fondo de la clase. ¿Qué lenguajes usamos cuando relatamos? ¿Usamos solo las imágenes o resulta conveniente mezclarlas con algún tipo de mensaje o texto? ¿Ponemos un poco de color a la diapositiva o, por el contrario, la mantenemos tal y como está? ¿Cuántas posibilidades vemos aquí... pocas... muchas?

Pusimos nombres, dado que la tarea de nombrar las cosas resulta esencial en los procesos de cambio porque, entre muchas otras cosas, nos permite llevar a cabo una cierta sistematización en la toma de decisiones sobre las tareas que afrontamos cotidianamente. A su vez, entendimos que la documentación exige llevar a cabo ese complejo proceso que supone ordenar, situar aquellos elementos de nuestra particular realidad educativa en el lugar en el que consideramos más oportuno, encontrando la secuencia más pertinente, aquella que permita comprender qué es lo que sucede y por qué... E hicimos nuestro el lenguaje visual, lo achuchamos, manejando a nuestro antojo algunas de sus convenciones para sugerir, mostrar o, simplemente, describir aquello que tenemos más cerca, el espacio pedagógico que, en cierta medida, hemos construido pero que, paralelamente, nos construye a nosotras.

Y, de repente, se apagó la señal... y apareció la carta de ajuste... Y nos quedamos atónitas... Pero esa desconexión dio paso a nuevas imágenes que nos mostraron cómo tratamos de hacer que la música forme parte de la vida del centro, que inunde con sus notas y sus ritmos todos los rincones. Incluso aquellos lugares que, a priori, no parecen excesivamente propicios para que el lenguaje sonoro entre y se expanda a su antojo... Vimos

que hay veces que los vecinos no están bien avenidos... pero sin embargo, conseguimos convivir y buscar soluciones a situaciones que pudieran parecer problemáticas... Explicitamos la necesidad de pensar que las puertas tienen dos direcciones y que, si bien pueden cerrarse, también han de poder abrirse para que el alumnado pueda hacer uso de los espacios pedagógicos con

"Escuchar para ir narrándonos juntas"

mayor libertad. Compusimos una obertura para un sueño en la que las notas musicales, casi de un modo surrealista, se convierten en gotas de agua que van empapándolo todo. Y entendimos que la clave de nuestra aula debía ser la vida, y que la vida es un arte.

Pero como también somos un poco rebeldes, decidimos hacer un relato polifónico, una clase al estilo Frankenstein, hecha a retazos de nuestras realidades, una clase hecha de muchas clases. Nos sorprendieron algunas experiencias educativas a las que vimos un montón de posibilidades y que abren vías para la experimentación y, por qué no, para el aprendizaje a través del juego y la simulación. También vimos que necesitamos buscar algunos espacios en los que necesitamos permitir al alumnado que se exprese, más allá de lo que muchas veces

permitimos que cuente... Y, además de buscar más espacios para la participación y para la expresión, entendimos que era necesario seguir cuidando esos espacios en los que el alumnado puede ir tomando sus decisiones, agrupándose de formas muy diversas y mezclándose sin orden, pero mezclándose. Para ello aseveramos que era imprescindible buscar momentos en los que el alumnado se mueva e, incluso, repensar los espacios del centro para dar utilidad pedagógica a elementos que, a priori, no la tienen, permitiendo incluso hablar a las columnas para que lo inunden todo, para que se "harten de arte..."

A pesar de que en ocasiones el curso nos estaba resultando feroz, reconocimos quererlo porque nos estaba permitiendo sentirnos como en casa, casi como si camináramos con zapatillas de cuadros, porque nos estaba permitiendo compartir espacios en los que hablar sobre cuestiones clave, sobre el arte, sobre la vida... Y poco a poco íbamos sintiendo como, de un modo mágico, íbamos fusionándonos al tiempo que manteníamos nuestras propias singularidades... Aunque el equipo de profesionales de la Universidad de Cantabria no nos dejaba ni respirar... y nos sentíamos tan exhaustas como si hubiéramos completado infinidad de estándares de aprendizaje.



*Asomarse a otras aulas para
repensar la nuestra*

Casi sin darnos cuenta y, tras un parón que nos llevó a alejarnos mentalmente del curso por un tiempo, llegamos a la sexta sesión, dispuestas a retomar con aire renovado la recta final del proceso. Y aunque la numerología no es una ciencia exacta (ni siquiera puede calificarse como ciencia) y nunca se sabe qué interpretación de los números es la más correcta, los que analizan estos símbolos cuentan que el 6 es enormemente complejo, que tiene algunos aspectos positivos, pero, también otros negativos.

Quienes hacen una lectura positiva del dígito sugieren que, precisamente, se encuentra muy vinculado a la responsabilidad, a la comprensión, a los lenguajes artísticos, al equilibrio. El 6 se vincula, también, a seres humanos comprensivos, humanitarios y generosos, capaces de prestar ayuda a los demás... Casi, casi como lo que, poco a poco, fuimos definiendo como aquello que nos parecía

deseable o que nos gustaría que formara parte de nuestra identidad profesional. Y bueno, el número 6 también se vincula al amor, pero de eso, no vamos a hablar ahora.

Nos dispusimos a profundizar en aquello que, tiempo atrás, habíamos definido como *perspectiva educativa de los proyectos de trabajo*, porque entendimos que si bien esto de los proyectos se ha convertido en una especie de moda, como esos pantalones de campana que después de décadas en el olvido pueden volver a rescatarse del armario, convenimos que todas las propuestas que se califican como tal no son iguales ni comparten las mismas premisas. Y eso posibilitó que fuéramos rescatando algunas de las resonancias e inquietudes que ya habíamos empezado a movilizar en sesiones anteriores, desempolvando las ideas que duermen en las lecturas que habían quedado escondidas en alguna parte de nuestro

cerebro.

A pesar de que no resulta fácil poner orden, salvo para mentes diabólicas y neuróticas como la de *Sheldon Cooper* en la serie *Big Bang*, procuramos identificar algunos rasgos esenciales, diseccionar al máximo esa propuesta para evitar perdernos entre fuegos de artificio. Entendimos que la *perspectiva educativa de proyectos de trabajo* hundía sus raíces en la necesidad de reivindicar la figura del docente como intelectual. Y eso suponía, precisamente, realizar un esfuerzo por rescatar y liberar la imaginación pedagógica que tantas veces se ve secuestrada en artefactos educativos precocinados que nos ofrecen una dieta pedagógica que no hace más que engordar y engordar nuestros armarios y dispositivos tecnológicos con recetas poco saludables, repletas de aditivos innecesarios que enmascaran una selección de los contenidos que, a menudo, resulta indigesta.



"Hay alguno que se difumina. No llama la atención ni por bueno ni por malo y acaba pareciendo invisible..."



Además, comprendimos que el trabajo por proyectos estaba íntimamente ligado con la concepción de la docencia como una actividad vinculada a la investigación e indagación sobre la práctica, a la necesidad de revisar y sistematizar aquello que hacemos para poder repensarlo, adoptando medidas encaminadas a mejorar aquello que hacemos cada día. Aunque eso supusiera girar las lentes con las que contemplamos la realidad educativa que habitamos y que, a su vez, nos habita.

Algo que, a su vez, se vinculaba al compromiso de aquellos que han trabajado desde esta perspectiva con su participación en procesos formativos de diversa naturaleza, en los diversos niveles del sistema educativo, acompañando los procesos de cambio y transformación, escribiendo y relatando cómo se producen esos procesos. Transmitiendo a los demás, con firmeza y convicción, su pasión por el proceso de conocer, aunque no se hayan dibujado previamente los pasos a dar, afrontando la incertidumbre inherente a cualquier proceso educativo.

Como siempre, tratamos de dirigir el foco hacia aquello que hacemos y analizamos qué es lo que sabemos de nuestro alumnado, qué saben de nosotros y qué mediadores usamos para hacer eso posible. De un modo cuasi-mágico, fueron emergiendo bocadillos que resonaron como ecos en el aula. No eran bocatas de esos que están formados por dos panes, sino de los que aparecen en el lenguaje de los cómics que permiten expresar gráficamente las ideas e, incluso, los pensamientos. Nos planteamos qué sentido puede tener acoger y escuchar al alumnado, incorporar sus historias para que acaben configurando una verdadera comunidad biográfica que nos permita ir transformándonos en compañía, convirtiendo sus intereses e inquietudes en el centro de los procesos de desarrollo curricular.

Ese proceso nos llevó a recordar nuestra trayectoria docente, reexaminar qué es lo que estamos haciendo y qué cosas fuimos aprendiendo y tratamos de incorporar a nuestra práctica, aunque ahora mismo nos ocupen y preocupen otras identidades, otras realidades educativas... Así, nos congratulamos al reconocer que, como resultado de nuestro paso por la etapa de educación infantil, asumimos la buena costumbre de hablar con los niños y niñas. De igual modo, vimos que hay algunas cosas sencillas que podían acercarnos a ellos como, por ejemplo, explicitar que compartimos gustos o aficiones comunes.

Aunque ese análisis también nos permitió sacar a la luz algunas situaciones dilemáticas que afrontamos en nuestra práctica cotidiana. Nos incomodó el hecho de reconocer que, a menudo, hay algunas personas que quedan totalmente difuminadas en el seno del grupo, porque no destacan, porque no llaman la atención, porque su comportamiento es correcto y, por tanto, no exige especial dedicación. También reconocimos que muchas veces colocamos algunas barreras porque quizá, en algunos casos, tenemos incluso más información de la que necesitamos y nos parece que "no es bueno saber tanto de la vida del alumnado". En algún momento nos pareció que algunas circunstancias que se generan en los centros provocan que tratemos de tener una actitud aséptica con el alumnado, "vamos, dejar que el aire corra...". También constatamos que el contexto es muy importante y que aquellos entornos educativos de tamaño reducido facilitan, a veces, ese permanente intercambio de información entre el profesorado y el alumnado, esa mezcla de identidades tan propia de la *perspectiva educativa de los proyectos de trabajo*.

Ahondamos en algunos de los mediadores que pueden utilizarse para traer al aula la vida del alumnado, recordando que, a diferencia de otras propuestas, la perspectiva

educativa trata de poner en marcha prácticas que huyan de la idea del alumnado como protagonista del día o de la semana... Porque, desgraciada o afortunadamente, en la escuela no hay una ceremonia anual de entrega de los Óscar... aunque todo es ponerse. Hablamos de algunos de esos mediadores como las cajas de vida, las visitas, los recuerdos, los instrumentos, los mapas, las salidas a exposiciones, los libros a compartir, que permiten ir entremezclando, en un

"Me parecen importantes las conversaciones que identificas cuando estás atenta"

simbólico alambique, los deseos individuales con aquellos que queremos descubrir en el deambular de la vida biográfica de un aula determinada. Lejos de la conversación entendida como algo ajeno al currículum, como una forma de saber más del alumnado, pero sin importancia real en los procesos de desarrollo curricular, pensamos en la escucha como una práctica de valor que permite y provoca la conversación, en la que se va tejiendo la vida del aula combinando los momentos de intimidad con los que se comparten con los otros, con aquellos en los que permiten tomar conciencia progresiva de la otredad.

Como consecuencia de ese proceso, recordamos que desde esta perspectiva se entiende el

currículum no como un territorio a conquistar, sino como un viaje incierto, en el que podemos ir perdiéndonos, en el que hay múltiples ventanas que nos invitan a explorar diversos caminos y en los que las rutas no están prefijadas de antemano, sino que se van construyendo a medida que vamos avanzando, pudiendo perdernos para volver a reencontrarnos en ese tejido de redes y relaciones. La "metodología" se diluye como un azucarillo y emergen las metodologías diversas que posibilitan la adaptación a distintos ritmos, niveles de desarrollo madurativo, a deseos diversos... Tal y como ha sucedido en otros momentos de este proceso formativo, volvimos a rescatar las hojas de colores, esas que parecen alegrarnos la tarde al recordar que el mundo está lleno de diferentes matices, con la intención de pensar en aquellos espacios, físicos o simbólicos, en los que nos concedemos el tiempo, no sabemos si necesario o suficiente, para poder escuchar al alumnado, para poder construir realmente conversaciones culturales. Pensamos y anotamos, nos atrevimos, como hemos hecho desde las primeras sesiones, a jugar con otros lenguajes que nos permitan representar ideas; deslizamos suavemente los bolígrafos repasando formas, colocando líneas, anotando palabras, que posteriormente compartimos con el resto del grupo.



Porque si algo tenemos claro es que los tiempos son importantes y la soledad también, esa que permite encontrarte con tus ideas, interrogarte y escuchar una voz, la nuestra, que, con tanto ruido exterior, queda diluida entre los sonidos ajenos.

Nos reafirmamos al pensar que nos gustaría no tener un tiempo específico para escuchar al alumnado, sino que cualquier momento o lugar fueran propicios para ello. Nos pareció que muchas veces, el “momento aula” es especialmente interesante para escuchar, pero la prisa nos persigue y nos hace caminar rápido, como esa forma que los modernos llaman *power walking* (que un ínclito presidente ha hecho famoso y de cuyo nombre no queremos acordarnos). Pensamos que los trabajos que el alumnado realiza nos susurran cosas, nos dicen cómo se sienten, nos sugieren con voz queda en qué momento se encuentran o, incluso, si alguien necesita una mirada más atenta o cómplice. Vimos un enorme potencial en las actividades extraescolares y en el patio como entornos en los que, al menos en apariencia, hay una mayor relajación y parece que los filtros desaparecen o, al menos, no se encuentran tan definidos. Pero, por encima de todo, comprendimos que, más allá de tiempos o espacios, lo más importante de todo es estar siempre alerta, atentos a cualquier sonido que pueda darnos alguna pista de sus preocupaciones e inquietudes porque, de lo contrario, se perderán al no tener un oído amigo que los recoja.

A lo lejos, oímos cómo burbujeaba el agua del acuario de los pececitos, un simbólico espacio en el que una inquieta docente sevillana, María Jesús Zapata, mueve las aguas con la intención de que las ondas que se generan en ese lugar permitan ayudar a otros colegas a emprender caminos similares. De las profundidades de ese recipiente nos llegaron algunas ideas en forma de burbuja que nos permitieron reflexionar sobre la posibilidad o necesidad de reinventar los espacios de los que disponen los centros educativos llegando, incluso, a liberar zonas para que puedan establecerse nuevas relaciones, mezclas menos rígidas y, por qué no, un poco más caóticas y sorprendentes.

Eso nos llevó a vislumbrar y reconocer la importancia de llevar a cabo procesos de preparación muy exigentes, en los que pueda, incluso, anticiparse la puesta en marcha de diversos agrupamientos a un tiempo, meter en una coctelera textos de todo tipo... Entendimos la necesidad de mimar los tiempos, de promover y provocar con el desarrollo de experiencias que permitan la exploración permanente del espacio (físico e intelectual), la representación del viaje realizado y la comunicación de esas aventuras y experiencias a viajeros que, quizá, se han perdido en otros lugares, descubriendo otros territorios.

Y nadando entre peces de colores, llegamos al final del acuario para sumergirnos en la tarea de analizar algunas de las numerosas conversaciones que María Jesús comparte generosamente en su blog. Pudimos constatar que, en las profundidades de esos textos, había un enorme trabajo que nos permitía identificar los contenidos trabajados, el tipo de estrategias metodológicas empleadas, los agrupamientos realizados... Nos pareció que ese nivel de profundidad exigía un enorme compromiso docente, reconociendo que había “mucho experiencia” en las conversaciones de aula analizadas.

Regresamos a nuestra cartografía para ver en qué medida estábamos pensando o llevando a cabo algún pequeño cambio, transformaciones que podían hacer reorganizar nuestra metodología y evaluación. Y, como si viajáramos a un pasado no demasiado remoto, nos dispusimos a escribir postales, de esas que parece que ahora se han extinguido ante la pujanza de las nuevas formas de comunicación, para hacer llegar a María Jesús nuestras dudas sobre sus conversaciones de aula, sobre su toma de decisiones en cada uno de los elementos curriculares, sobre la cantidad de tiempo que exige realizar un análisis tan pormenorizado de lo que se dice en clase. Y añorando al nunca suficientemente valorado Perales, nos preguntamos, incluso, cómo es ella, a qué dedica el tiempo libre, o en qué lugar se enamoró...

Y en un lugar de la plaza del Salvador, Sevilla, de "cuya calor" no quiero acordarme, María Jesús, gratamente sorprendida y emocionada, escucha pacientemente nuestra historia, las resonancias que su práctica educativa genera a orillas del Cantábrico, al tiempo que se dispone solícita y apasionada a relatar su vida de aula, entremezclando sus preocupaciones actuales con los paisajes explorados en las conversaciones analizadas en

el curso. Nos cuenta cómo surge la conversación de los planetas a partir de un mediador, una noticia que trae un alumno al aula. Con asidua frecuencia, textos de distinto uso social se entremezclan con la vida del aula. No solo la maestra, sino también el alumnado, comparte relevantes noticias que seleccionan previamente. También invita a otras compañeras del centro a realizar esa misma práctica. De esta forma, puede que las aulas se crucen experimentando vivencias comunes, pero sin obsesionarnos por realizar los mismos proyectos para justificar así la coordinación internivelar. Y es que lo importante es propiciar conversaciones culturales donde el diálogo y la participación permitan crear identidad de grupo y construir conocimientos juntos. Este punto, incide en la importancia que tiene recoger las voces del alumnado por escrito y analizarlas posteriormente. Pero no darles respuestas inmediatas y taxativas, por el contrario devolverles sus preguntas, formularles otras abiertas y complejas, animarles a hacer hipótesis, ayudarles a expresar ideas, comprender. "No hay respuestas únicas, ni somos los maestros o maestras quienes debemos darlas sistemáticamente como si fuéramos expertos en todo. Las respuestas hay que buscarlas juntos".



Nos relata sus comienzos, retro trayéndose incluso a la época en la que acompañaba en contextos no formales a niños y niñas en sus experiencias educativas cuando marchaban de acampada... unos cimientos donde la construcción en compañía, la identidad grupal y el trabajo colaborativo con el resto de monitores desempeñaban un papel crucial. Sigue repasando otros pilares de su proceso formativo, tanto en la Universidad como en el CEP, donde la reflexión sobre la práctica, el intercambio de experiencias y el acompañamiento en los seminarios y grupos de trabajo van sentando las bases fundamentales para continuar desarrollándose profesionalmente durante su etapa de asesora, en la que ya comienza a sistematizar la documentación de las sesiones formativas a través del blog infantilinvestiga.blogspot.com

Finalmente, se detiene en la etapa actual, como maestra del primer ciclo de Primaria, para compartir soledades, falta de tiempo para acometer sus propósitos, pero también ilusiones de cambio, conseguir liberarse de las editoriales... En definitiva, para seguir luchando. Nos agradece de corazón el haber recibido los comentarios, inquietudes y dudas surgidas al asomarnos a su blog y nos devuelve otra nube de interrogantes e incertidumbres que nos provoca el deseo de seguir indagando.

La tarde toca su fin, y aunque sigue fuertemente soplando ese caluroso aire de levante, el olor a azahar y el manto estelar que comienza a cubrir ese inusitado cielo al anochecer decoran la escena final con la que culmina nuestro entrañable encuentro, en la que aún la oímos diciendo:

“Siempre he creído en la importancia de preguntarme qué rol docente estoy desempeñando y en las repercusiones de lo que hago”.



Participación y sentido de pertenencia



De vuelta a Viérnoles, abrimos nuestro espacio para escuchar experiencias cercanas que nos hablan de otras formas de afrontar la siempre compleja tarea de definir estrategias metodológicas que sean coherentes con los sistemas de evaluación utilizados. Pensamos que la utopía, quizá, no es una especie de anhelo irrealizable sino que, como nos relató Nahúm, director de CEIP José de Escandón, se encuentra en la búsqueda del equilibrio entre el enfoque pedagógico con el que diseñamos nuestras prácticas y su evaluación.

Recordamos que, ante todo, la evaluación ha de entenderse como un elemento que posibilite el análisis y la reflexión para llevar a cabo una mejora de la práctica educativa, de aquellas decisiones que adoptamos cada día en nuestras aulas. Y nos encontramos con algunas ideas que ya han ido emergiendo en las conversaciones generadas en el curso, en las lecturas que venimos realizando: la importancia de los procesos, el rediseño de los tiempos y los espacios escolares, la ampliación de los lenguajes y materiales con los que trabajar en las aulas, la importancia de documentar cómo se van desarrollando esos procesos para poder narrar esa información a las familias... Nahúm nos recordó que, más allá de la toma de decisiones sobre un elemento curricular u otro, debemos tener siempre presente que es urgente cuidar los contextos, procurar que sean estimulantes para que, con un acompañamiento adecuado, el alumnado pueda desarrollar su inherente pasión por conocer y aprender cosas nuevas.

Y su experiencia, como no podía ser de otro modo, también nos generó dudas, interrogantes sobre cómo es posible trasladar algunas de esas ideas a los entornos que habitamos. Debatimos sobre la importancia de dialogar y convencer a las familias, sobre la necesidad de desarrollar este tipo de enfoques pedagógicos, reconocimos que en nuestra profesión no siempre es fácil cambiar, a pesar de que muchas veces sintamos que necesitamos hacerlo, nos interrogamos por el impacto de ese enfoque en algunas de las pruebas externas a las que nos vemos sometidas, sobre las transiciones a la siguiente etapa educativa... Nos llenó de optimismo ver que los cambios no son sencillos, pero sí es posible pensar en otra escuela... Y nos dimos cuenta de que el problema no está en las respuestas de nuestro alumnado sino en las preguntas que planteamos.



Tras siete sesiones sin haber podido tomar aire, hicimos una pausa para, a continuación, empezar a pensar cómo podíamos crear espacios simbólicos que permitan mejorar la participación de los chicos y las chicas en nuestras aulas y centros. Para ello, comenzamos dialogando con nuestras compañeras que se encuentran en procesos de formación inicial y revisamos su trabajo, en el que identificaron, en un mapa de palabras y frases, aquellos comentarios o situaciones en los que sintieron o escucharon que no todas las personas, en este caso las mujeres, eran igualmente bienvenidas en los espacios escolares o sociales. Y abrimos la conversación para intentar aportar otras circunstancias que evidenciaran que hay otros colectivos que debido a su etnia, capacidad, creencias religiosas, orientación del deseo, etc. tampoco eran bienvenidos en las aulas.

Desgraciadamente, nos dimos cuenta de que aún siguen dándose muchas situaciones en las que, en nuestros entornos más próximos, se reproducen ese tipo de dinámicas que provocan que la escuela siga siendo un entorno poco acogedor para muchos grupos que lo habitan. Algunos de los comentarios que analizamos nos parecieron una falta de respeto, *in and out*, un uso y un abuso e, incluso, ridículos... Reflexionamos sobre la necesidad de recordarnos que el lenguaje no es neutral y de que,

en ocasiones, los docentes nos olvidamos de que tenemos que ser conscientes de las actividades y el lenguaje que utilizamos porque muchas veces perpetuamos muchos de los valores, percepciones y actitudes que siguen ampliando la brecha de género, las múltiples brechas existentes porque, precisamente, la escuela no está pensada desde su origen para acoger a todos los colectivos.

Así que desde el concepto de las culturas silenciadas en la escuela recuperamos los motivos que nos hacen creer firmemente en la importancia de la participación en las aulas. La escuela como espacio de ciudadanía, los derechos de la infancia, tantas veces olvidados. Y de ahí a reconocer que sólo cuando logramos crear un espacio escolar de bienvenida para todos, para todas recupera su sentido genuino la educación.

Pero el tiempo compartido aquí nos hizo ver que ya estamos haciendo muchas cosas que están promoviendo la participación y el sentido de pertenencia en nuestras aulas. Y desde ahí surge la pregunta, ¿cómo lo podemos mejorar? Un ejercicio vinculado a la famosa escalera de la participación de Roger Hart nos permitió discernir entre una participación simbólica o figurativa de una real, con un profundo sentido de ciudadanía. Y también nos ayudó a ver que, una vez más, la obra de las mujeres creadoras, en muy distintos ámbitos, con facilidad se olvida. Hart se basó

en un trabajo previo de Serry Arnstein, pero la escalera, ha pasado a la historia como si fuera sólo obra de Roger....

Así que desde la filosofía de la coeducación comprendimos la importancia de hacer y sostener la genealogía, de denunciar los mecanismos de poder que han funcionado y funcionan como barreras para la participación de las mujeres en ámbitos diversos (científicos,

"Las chicas hemos descubierto que la igualdad no es regalada"

sociales, culturales...) y de modificar el currículum rompiendo su visión androcéntrica y recuperando la importancia de la ética del cuidado (hacia las personas y las cosas).

La recta final nos llevó a reconocer que el género es sólo un organizador social más que está en continuo diálogo con la clase social, la etnia, la capacidad... y otra pregunta central surge, ¿cómo hacer accesible la información? ¿En qué medida los lenguajes del aula, los contenidos, las formas... son accesibles a todos los niños y las niñas? Con ello reconocimos que la lectura fácil puede ser un recurso importante para nuestra tarea.



Y seguimos incasables, firmes frente al desaliento, dispuestas a afrontar la última etapa para seguir pensando cómo podíamos generar un espejo, cómo podíamos adoptar distancia para poder analizar con otros ojos nuestra propia realidad educativa, con el anhelo (ya la esperanza) de haber estado participando en una experiencia pedagógica que, quizá, pudiera convertirse en decisiva para nosotras... Siendo, al menos, conscientes de que tras el cercano "hasta luego" debíamos ponernos a reescribir nuestro propio relato...



Viércoles 2018



ISBN: 978-84-09-03367-6

